

Eran solo niñas que ya no están más

Mireya García

“El día miércoles fue el último día que la vi”

Cómo no conmovirse y retroceder a las vivencias de tantos años, cómo no hacer analogías, cómo no dolerse con este último miércoles, el mismo miércoles o lunes o sábado que cada una de nosotras lleva grabado en su memoria. No, no es posible no involucrarse, no es posible no volver a revivir los últimos momentos de vida, de sonrisas, de miedos, de amor, de ternura, transformados en una estrella fugaz cruzando el firmamento de la nueva realidad que debíamos enfrentar y que con obstinación deseábamos fuera solo un mal sueño, con un despertar abrigado de familia y de presencia.

Son los mismo relatos que con un nudo en la garganta hemos tenido que articular tan largas veces en tan largos años. La vestimenta, la hora en que salió, lo último que dijo, la despedida. El lugar donde fue visto por última vez, los testigos, los vehículos: nada es distinto para desaparecer en un país que miles de ausencias parecen ser parte de la cotidianidad, en un país en que la ausencia de la vida y la no constancia de la muerte solo puede ser llorada por quienes tenemos grabado en la retina el último momento.

“Ella se perdió el día 5 de abril del 2000”, él, el mío, fue detenido el 30 de abril de 1977, entre ambos solo media el tiempo, todo lo demás los hermana, todo lo demás nos hermana, porque finalmente lo que media entre ambos es la desaparición. Esa ausencia desgarradoramente inexplicable que se queda adherida a la piel y de la cual es responsable un psicópata o un Estado, para el alma no tiene mayor importancia la disquisición.

Ocurridos los hechos viene la burla, nadie asume, todos especulan, otros mienten. Me pregunto qué diferencia hay entre la respuesta “Su marido se fue con otra mujer, búsquelo en el extranjero” y “No se preocupen, se fueron de la casa porque que-

rían". Un mismo lenguaje, una misma mentalidad, una misma conducta para un mismo hecho. Nada ha cambiado en este Chile culposo y permisivo, nada ha cambiado en esta geografía plagada de minas o socavones donde se oculta la muerte con impunidad, nada ha cambiado... y me rebelo ante la vida por seguir permitiendo la felonía de la muerte oculta.

"Nadie las vio salir del colegio", nadie los vio en los centros secretos de reclusión, nadie los vio cuando sus cuerpos eran arrojados en un lugar sin nombre, pero nosotros sí los/las vimos en sus últimos segundos de vida, capturados a fuerza de memoria y de amor. Ellos y ellas son la fuerza que escribe carteles, que reproduce fotos, que solicita entrevistas, que moviliza. Ellos y ellas son la culpa social que debe transformarnos en ejecutores de vida.

Las preguntas sin respuesta, la burla y la humillación, son los denominadores comunes que estrechan lazos para exigir verdad, para clamar por justicia, allá en Alto Hospicio, acá en El Fuerte Arteaga. Alto y fuerte, pequeñez humana que desprecia el dolor de tus hijas y tus hijos por ser pobres o por ser progresistas; por ser marginados o por ser libertarios, por ser.

Los profesores, policías o políticos expiaban sus pecados acusándolas de prostitutas o drogadictas, los militares reafirmaban sus crímenes acusándolos de extremistas o violentistas. A ellos los acuso de crimen por acción u omisión. A ellos los queremos lejos de la formación de otros niños pobres, lejos de los tribunales, lejos de los cuarteles, lejos del parlamento, de la intendencia, de la comisaría. A ellos los queremos dando explicaciones públicas, tan públicas como los prejuicios emitidos con la liviandad de la indolencia.

Esos padres dijeron que sus hijas se habían perdido, nosotras dijimos que los detuvieron ¿cuál es la diferencia? Si ellas y los nuestros ya no están más, si nada ni nadie puede devolvernos la última sonrisa de esperanza en el futuro, para ellas, de oportunidades, para los nuestros de democracia. La vida, ese bien sin retorno, fue vulnerada. La dignidad de sus familiares fue pisoteada. La culpa es la misma.

Carabineros e Investigaciones empezaron a concurrir a los hogares de las niñas a preguntar si se sabía algo. También han concurrido a las nuestras a inquirir antecedentes, los mismos que

duermen en los Tribunales, antecedentes y jueces viviendo el insomnio eterno que provocan el mármol y los vitrales. Será necesario instalar las salas en un parque lleno de verde florido, con brisa fresca y gotas de lluvia, de esas que se deslizan suavemente por nuestros rostros y que nos recuerdan que estamos vivos, que sobre nosotros está lo incontrolable y que bajo nuestros pies está la realidad que nos llama a no ser indiferentes, permisivos, clasistas, discriminadores.

Nosotros contamos con la solidaridad, los familiares de las niñas no tuvieron recursos para contar con un abogado. Dónde estuvo la responsabilidad del Estado, la justicia cerca de la gente, la humanización de la justicia. En qué laberinto se perdió la solidaridad, tal vez en ese viejo edificio que nos refugió durante tantos años. Dónde estuvo la Constitución con su célebre artículo "todos los chilenos nacemos libres e iguales". Dónde la sensibilidad escapándose a través de las vitrinas de un mall, de esos que no existen en Alto Hospicio, porque allí se anida la tierra y la desolación de la miseria.

No todos somos responsables, pero todos debemos sentirnos responsables. Eran niñas aún, llenas de sueños y cosquilleos de amor. Eran estudiantes con jumper y calcetas. Eran hijas con padres y hermanos y tíos y abuelas. Eran pobres con desolaciones y frustraciones. Hoy son la muerte sin retorno, el recuerdo incrustado en el corazón, la desidia convertida en unas cuantas renunciadas.

Nadie quiso escuchar a sus familiares, porque para ser pobre hay que aceptar la marginación; nadie los quiso recibir, porque para ser pobre hay que vivir el desprecio; nadie los quiso acoger, porque para ser pobre no hay que sufrir; nadie las quiso buscar, porque una niña pobre perdida es una prostituta.

Eran solo niñas que ya no están más.